

# LOS SIETE CUERVOS

Érase una vez un matrimonio que tenía siete hijos varones aunque ninguna hija mujer. Y eso los apenaba mucho. Hasta que por fin nació una niña y la felicidad de la familia fue completa.

Pero poco después, la pequeña enfermó y, rápidamente, fue desmejorando. Tanto que un día, los desdichados padres creyeron que iba a morir. Por eso debían bautizarla con urgencia y, para hacerlo, necesitaban agua fresca.

—Tomen sus baldes, vayan al pozo a buscar agua y vuelvan rápido —les dijo el padre a los siete hermanos varones.

Los chicos obedecieron: tomaron sus baldes y salieron corriendo. Estaban tan ansiosos por ayudar, que cada uno quería ser el primero en llenarlo de agua. Y cuando llegaron, se lanzaron atropelladamente sobre el pozo, con tanta mala suerte que los baldes se les escaparon de las manos y cayeron al fondo.

Trataron de sacarlos, pero como no lo lograron, se sentaron a pensar qué podían hacer.

—¡Dios mío! —exclamó el hermano mayor—. ¿Qué le diremos a papá?

—Si volvemos sin el agua —dijo el segundo—, nos castigará.

—Es cierto —añadió el tercero—. Y con razón.

—No debimos ser tan atolondrados —se lamentó el cuarto.

—Ninguno tiene la culpa —dijo el quinto—. Si los baldes se cayeron al pozo, solo fue mala suerte.

—Sí —comentó el sexto—, pero papá y mamá están demasiado afligidos para que lo comprendan.

—Es inútil que nos lamentemos —opinó el séptimo—. Lo único que podemos hacer es buscar el modo de salir de este embrollo.

Mientras tanto, en la casa, el padre se asomaba a la ventana y miraba el camino. Pero no veía a los hijos y su demora lo preocupaba.

—¡Ah! Seguro que esos siete holgazanes se quedaron jugando —dijo de pronto el pobre hombre—. Si no fuera así, no tardarían tanto.

Hasta que su enojo fue tan grande que gritó:

—¡Perezosos! ¡Ojalá se convirtieran en siete cuervos!



Y apenas terminó de gritar, escuchó un aleteo, levantó los ojos y vio que siete cuervos negros volaban sobre la casa. Grande fue su desesperación y la de su mujer cuando comprendieron que esos siete cuervos eran sus siete hijos.

—¡Pobres niños! —dijo el padre, al ver que los cuervos se alejaban de la casa volando. Pero el daño ya estaba hecho y no podía remediarse.

—Quizá algún día vuelvan —trató de consolarlo su esposa—. Ahora, pensemos en nuestra hijita y tratemos de salvarla.

Desde entonces, la cuidaron tanto que la pequeña superó su enfermedad, y creció sana y fuerte.

Pasaron los años. El cariño de su hija les daba felicidad, pero a veces el padre se quedaba mirando hacia el cielo, como si esperara algo. Hasta que un día, su mujer le dijo:

—No debemos entristecer a la niña con la historia de los siete cuervos, así que ten cuidado. No ganas nada con pasarte las horas junto a la ventana. Yo confío en que ellos volverán. Mientras tanto, es preciso que no sepa lo que sucedió.

Y como sus padres nunca le hablaron de sus siete hermanos, la niña creció sin conocer la triste historia.

Pero un día, a una vecina se le escapó el secreto.

—¡Qué bonita eres! Lástima que tus hermanos no estén aquí para verte —le dijo.

La niña se quedó pensando y luego preguntó:

—¿Mis hermanos? Yo no tengo hermanos. ¿Qué dices?

La mujer comprendió que había hablado de más, pero ya no podía volver atrás. Y como la niña seguía preguntando, tuvo que contarle la triste historia del encantamiento que convirtió en cuervos a sus hermanos.

En cuanto lo supo, la pequeña decidió hablar con sus padres.

—Iré a buscarlos —les dijo—. Por mi culpa, los pobrecitos son siete cuervos y debo encontrarlos para que vuelvan a casa.

—¡Pero no sabemos dónde están! —le respondieron ellos—. ¿Cómo vas a encontrarlos?

Sus padres tenían razón: era difícil saber dónde vivían los siete cuervos encantados. La niña lo pensó y les dijo:

—Preguntaré y preguntaré. Y cuando los encuentre, volveré a casa con mis hermanos.

Al verla tan decidida, sus padres aceptaron su partida. La mamá le preparó una cesta con comida para el viaje, le dio su anillo de bodas como recuerdo y la despidió.

Después de caminar y caminar sin encontrar ninguna señal de sus hermanos, la niña llegó al fin del mundo. Desde allí, se dirigió al Sol, siempre en busca de los siete cuervos.

—Aquí no encontrarás a nadie —le dijo el Sol de mal modo—. Y si te quedas, morirás incinerada.

El Sol le quemaba los pies, así que la niñita huyó rápidamente.

Entonces, pensó que quizá sus hermanos estarían en la Luna y fue hacia allá.

—Aquí no encontrarás a nadie —le dijo la Luna con indiferencia—. Y si te quedas, morirás congelada.



Como hacía demasiado frío, la niña volvió a la Tierra y se puso a llorar.

Pronto comprendió que no ganaba nada con sus lágrimas. Entonces, se secó los ojos y se preparó para seguir su camino. Pero ya no sabía adónde ir. Hasta que creyó ver que las estrellas le hacían guiños y volvió al cielo. Allí, la recibieron con alegría.

—¡Aquí está! —exclamaron las estrellas—. ¡Aquí está la niña que ha recorrido el mundo en busca de sus hermanos!

Y una de ellas, la más luminosa de todas, agregó:

—Dulce niña, fuiste tan buena al recorrer el mundo en busca de tus hermanos, que mereces una recompensa. Los siete cuervos encantados viven en un castillo que se levanta en la cumbre de una montaña de cristal. Pero jamás podrás abrir su puerta sin este trocito de madera que te doy.

Feliz, la niña agradeció el obsequio y partió en busca de sus hermanos. Y cuando vio la gran montaña de cristal, se dijo: “Ahí está el castillo”.

Poco después, llegó a la puerta. Parecía pesada y difícil de mover, aunque su cerradura era muy chiquita: del tamaño del trocito de madera que la estrella le había regalado. Entonces lo buscó en sus bolsillos y se dio cuenta de que lo había perdido.

La pobre niña se largó a llorar. Pero como antes, comprendió que no ganaba nada con sus lágrimas, y otra vez secó sus ojos y se puso a pensar.

“Mi dedo índice —se dijo— tiene el mismo tamaño del trocito de madera que me dio la estrella. Es posible que con él pueda abrir la puerta del castillo”.

Sin perder tiempo, hizo girar el dedito en la cerradura y la puerta se abrió. Del otro lado, apareció un enano que la saludó con una reverencia y le dijo:

—Bienvenida a esta casa. ¿Qué deseas?

—Quiero ver a los siete cuervos —le contestó—. Las estrellas dijeron que viven aquí.

—Es verdad —respondió el enano—, mis señores son los dueños de este castillo. Pero han salido. Aunque no tardarán en volver, de modo que si quieres, puedes pasar a esperarlos.

La niña aceptó la invitación, entró en el castillo y siguió al enano hasta el comedor, donde había una gran mesa puesta para siete comensales. Y como después de tan largo viaje tenía hambre, le preguntó:

—¿Puedo servirme algo? Estoy muy cansada, y tengo hambre y sed.

El enano la autorizó. La niña no quería dejar a ninguno de los siete cuervos sin su comida, así que solo probó un bocado de cada plato y bebió un sorbo de cada vaso. Pero no vio cuando el anillo de su madre se le salió del dedo y cayó en el fondo de uno de los vasos.

En eso, oyó afuera un aleteo de pájaros y se levantó apurada.

—Escóndeme —le pidió al enano—. Preferiría que tus amos no me vieran todavía.

El enano la ocultó detrás de una cortina, justo antes de que los siete cuervos entraran por la ventana, se posaran junto a sus platos y comenzaran a comer.

De pronto, uno de ellos exclamó:





—¡Parece como si alguien hubiera comido de mi plato y bebido en mi vaso!

—¡Y en el mío! —dijo otro.

—¡Y en el mío! ¡Y en el mío! —gritaron los demás cuervos.

Hasta que el último vio algo en el fondo de su vaso. Todos miraron y todos se sorprendieron al reconocer en el vaso el anillo de bodas de su madre.

Primero se quedaron mudos. Pero pronto comprendieron que eso que parecía un milagro solo tenía una explicación. Y mientras daban sonoros aleteos de alegría, comenzaron a gritar felices:

—¡Nuestra hermanita vino a buscarnos! ¡Nuestra hermanita vino a buscarnos!

Al oírlos, la niña salió de su escondite y besó a los cuervos. Y a medida que los besaba, los feos pájaros negros se convertían en apuestos jóvenes.

—¡Me siento tan feliz! —les dijo la pequeña—. ¡Los busqué mucho! Ahora, debemos volver a casa. ¡Imaginen la alegría que sentirán papá y mamá al verlos!

Los jóvenes también deseaban regresar al hogar, así que se despidieron del enano y emprendieron el viaje. Y después de muchos días, los siete muchachos y la niña llegaron a la antigua casa, donde sus padres los recibieron con inmensa alegría.

Versión de Equipo Letra Impresa del cuento de los hermanos Grimm.

-FIN-